

JOSÉ, EL HOMBRE MADURADO EN LAS PRUEBAS (GEN 42-50) – COMENTARIO 2

JOSÉ BUSCANDO LA SANACIÓN DE SUS HERMANOS



Estimados amigos de la Biblia.

Este comentario es continuación del anterior sobre José. Debe, por tanto, ser leído en secuencia con él.

Os recuerdo lo que ya dijimos: que dividimos el relato en dos partes:

- *LA PRIMERA desde cuando José vivía en la casa paterna, como el preferido de su padre, hasta ser nombrado a Virrey de Egipto (Gen 37.39-41), pasando por la traición de sus hermanos y otros avatares. Fue objeto de nuestro anterior comentario.*
- *LA SEGUNDA centrada en su relación con sus hermanos, ya en Egipto, y en cómo les ayudó a sanar sus heridas del pasado, se dio a conocer y se reconcilió con ellos (Gen 42-50). Es el tema de este.*

Como allí, también aquí es el propio José quien nos cuenta su historia. Le damos la palabra.

3. JOSÉ Y SUS HERMANOS (GEN 42)

EL RECUERDO DE LA FAMILIA

Mi misión como Virrey de Egipto tuvo dos ámbitos muy claros: ADMINISTRAR LA CRISIS ALIMENTARIA EN EL PAÍS Y CUIDAR DE LOS MÍOS, QUE VINTERON A EGIPTO A COMPRAR ALIMENTOS. Esto último me dio ocasión para trabajar en la sanación de sus corazones, muy culpabilizados por lo que habían hecho conmigo. Utilicé algunas argucias para suscitar en ellos el recuerdo de aquello, pero no para vengarme, sino para ayudarles a sanar sus heridas del pasado y buscar la reconciliación (Gen 42-50).

Al inicio de la primera parte de esta conversación os decía: “¡QUÉ CLARO VEO AHORA EL SENTIDO DE TODO LO QUE ME SUCEDIÓ! ¡Y QUÉ BIEN LO HIZO DIOS!” Pues bien, eso mismo repito ahora, refiriéndome al reencuentro con mis hermanos y a la nueva relación que inicié con ellos a partir de ese momento.

Antes de nada, algunos previos para ponerlos en contexto. Cuando fui nombrado Virrey de Egipto yo había pasado muchos años sin noticias de mi familia. No sabía que mis hermanos habían mentido a mi padre sobre mi destino ni cómo le había afectado a él mi desaparición, aunque me imaginaba que habría sufrido mucho. Tampoco sabía que tuviera un nuevo hermano, Benjamín, ni que en Canaán hubiera hambruna. Lo que sí os diré es que, aunque hubo periodos en que viví angustiado y deseándoles lo peor, nunca rechacé a los míos, ni siquiera en los momentos más duros. Los recordaba con mucho cariño y pensaba continuamente en ellos.

Después de mi llegada al poder pensé varias veces en volver a mi casa para saber de ellos, pero sin llegar a decidirme. Me preocupaba el ambiente que podría encontrar, cómo reaccionarían mis hermanos e incluso yo mismo, en el caso de que se produjera algún tipo de desentendimiento. No sentía rencor o rabia hacia ellos, pero mi presencia podría generar una situación de tensión o conflicto. No veía claro que mi viaje fuera para bien o si reabría viejas heridas del pasado.

Además, yo era el administrador de todo el país, lo que me suponía muchísimo trabajo. En previsión de la escasez que se avecinaba, había mandado construir una enorme infraestructura para el almacenaje, transporte y distribución de los alimentos con el fin de poder atender a las masas de gente que llegarían de todo Egipto y de países limítrofes.

El primer año de crisis fue muy difícil, por nuestra inexperiencia, pero cuando llegaron mis hermanos las cosas ya funcionaban mejor. Aun así, era impensable alejarme de Egipto para ir hasta la casa de mi padre.

EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA DE JOSÉ

En lo que a mí se refiere, os diré que estaba sorprendido y admirado de mí mismo. Después de todo lo que había pasado y sufrido, que era mucho, me sentía plenamente pacificado y reconciliado con mi pasado y sin ningún deseo de vengarme de mis hermanos. El sentido oculto de los acontecimientos, al que suelo recurrir con frecuencia, me permitía verlos de otra manera, al modo de Dios.

¿Cómo había llegado yo a este estado? No lo sé. Puede que penséis: “Es que ahora la vida te iba bien, por eso te daba igual lo de tus hermanos”. No era eso, os lo aseguro. Además, no siempre había sido así. Durante mucho tiempo viví angustiado, maldiciéndolos y deseándoles la muerte. Yo no quería vivir así, pero no conseguía evitarlo. La cosa empezó a cambiar cuando algo, a modo de luz interior, iluminó de repente mi pasado oscuro y me hizo verlo, por breves instantes, de otro modo. Era como si se me dijera: “Espera y verás”. Y vaya si tuve que esperar.

Cuando los dos funcionarios del Faraón me contaron sus sueños..., ¡vi tan claro! Por eso, creo yo, les dije aquella frase que no sé de dónde me salió: “ES DE DIOS EL SENTIDO OCULTO DE LOS ACONTECIMIENTOS. CONTÁDMELOS” (Gen 40,5-8). Después dudé, pero ya estaba hecho. Luego vino la explicación de sus sueños y años más tarde, de los del Faraón.

Hay en mí una capacidad y una hondura para interpretar los sucesos que me sorprende. Puede que ya la tuviera cuando joven, pero entonces era orgulloso y todo lo utilizaba para mi provecho. Ahora la utilizo, sin saber cómo se ha dado el cambio, para gloria de Dios y beneficio de los demás. Esto y mi buen hacer son los dos grandes dones que Dios me concedió: “EL ESPÍRITU DE DIOS ESTÁ CONTIGO” (Gen 41,37), me dijeron Putifar y el alcaide, y lo mismo dijo el Faraón: “viendo lo que Dios te ha dado a conocer, no puede haber hombre tan entendido ni sabio como tú” (41,39).

Cuando me vi Virrey se me iluminó el sentido de mi existencia: Dios había transformado la traición y el daño que me habían hecho mis hermanos en beneficio para el pueblo egipcio. Era Él quien me había conducido hasta aquí, pasando por el dolor, para una misión específica. Esta visión de los hechos es lo que me reconcilió con mi pasado y conmigo

mismo, al punto de que, si me encontrara con mis hermanos, me dije muchas veces, me alegraría, les abrazaría y les invitaría a vivir conmigo.

ENCUENTRO DE JOSÉ CON SUS HERMANOS

¡Había tanta gente a mi alrededor aquel día! Y, sin embargo, cuando entraron mis hermanos los reconocí al momento. Me dio un vuelco el corazón, pero me contuve. Habían envejecido y alguno estaba más encorvado, pero parecían robustos.

Cuando “se inclinaron rostro en tierra” (Gen 42,6), me vino a la mente el sueño de mi juventud en el que sus gavillas se inclinaban hacia la mía (Gen 37,7). Me estremecí. Sentí el impulso de correr hacia ellos y decirles quién yo era, pero sentí que debía esperar. Estaba acostumbrado a seguir eso que vosotros llamáis “intuiciones” y que yo prefiero llamar “iluminaciones”, porque creo que proceden de Dios.

Me dispuse a escucharlos. Su situación era dramática, con riesgo de morir de hambre, ellos y sus familias. Imaginaos lo fácil que hubiera sido decirles: “Yo soy José, vuestro hermano y Virrey de Egipto. Coged todo lo que os haga falta, y si queréis, venid a vivir a Egipto donde tendréis lo mejor de lo mejor”. Pero no. Lo que me salió fue algo muy diverso: “Vosotros sois espías”, les espeté, y aunque lo negaban, insistí: “habéis venido para observar los puntos débiles del país” (Gen 42,9-14) y les envié a prisión. Era nuestro modo de proceder cuando sospechábamos que alguien venía con malas intenciones, para darnos tiempo a investigar.

Ellos, en su afán por explicarse, hablaron de su padre y de un hijo menor que vive con él, lo que yo no sabía, y de pasada se refirieron a mí como “el otro que no existe” (Gen 42,13).

Mis sentimientos eran encontrados: por un lado, el verlos allí y el deseo de saber de mi padre me impulsaba a romper barreras y descubrirme; por otro, aquella expresión: “el que no existe”, me llamó la atención, no porque me hiriera, sino porque al escucharla intuí algo que no conseguía identificar. Necesitaba reflexionar y aproveché los tres días que los dejé en la prisión para hacerlo.

Cuando salieron tenía las ideas más claras. Aquel modo de referirse a mí reflejaba que mis hermanos seguían turbados y culpabilizados por haberme vendido como esclavo muchos años atrás. Aquello permanecía enquistado en ellos e interfiriendo en sus vidas.

Me sentí llamado a ayudarlos. Todo lo que yo había sufrido y aprendido en aquellos años y, sobre todo, la transformación que Dios había operado en mí, me impulsaba a hacerlo, así que continué siendo duro con ellos, ahora de forma consciente y con una intención definida: “No saldréis de aquí hasta que no venga vuestro hermano pequeño, les dije. Enviad a uno de vosotros a traerlo mientras los demás quedáis presos” (Gen 42,15), aunque después suavicé las condiciones: “Uno de vosotros se quedará detenido mientras los demás lleváis el grano, que tanta falta hace en vuestras casas. Luego me traéis a vuestro hermano menor” (Gen 42,19-20). Y así quedamos.

Hablaron entre ellos pensando que yo no los entendía, pero les entendí. Se sentían culpables por lo que me habían hecho y recordaban cómo yo les “pedía, angustiado, que tuvieran compasión conmigo, sin que me hicieran caso”. Era verdad. ¡Con qué angustia les suplicaba a gritos que no lo hicieran!, pero fue inútil (Gen 42,21-23).

Mi corazón hervía por dentro, pero no de rabia o rencor, sino de compasión y dolor. ¿Por qué hablaban de aquello si no venía a cuento ni yo les había preguntado nada? Porque lo tenían enquistado, latente pero muy activo, y habían asociado sus tres días de cárcel con el pozo al que me lanzaron y la esclavitud a la que me condenaron. Así lo entendí yo, y así creo que fue. Me conmoví hasta las entrañas y tuve que apartarme para que no me vieran llorar. Así lo cuenta la Biblia:

Los hijos de Israel fueron a Egipto a comprar grano porque había hambre en Canaán... José era el señor del país... Los hermanos de José llegaron y se postraron ante él rostro en tierra. José nada más verlos los reconoció, pero fingió no conocerlos y los trató duramente... Se acordó de los sueños que había tenido referente a ellos, y les dijo: “Vosotros sois espías; habéis venido para ver los puntos débiles del país” ...

Y los metió a todos en la cárcel por tres días. Al tercer día José les dijo: “Haced esto para salvar la vida...: que uno de vosotros quede preso, y los demás partid y llevad el grano a vuestra familia. Pero habéis de traerme a vuestro hermano menor. Así serán verificadas vuestras palabras y no moriréis”. Ellos lo hicieron así. Y se decían unos a otros: “Estamos pagando lo que hicimos con nuestro hermano José. Lleno de angustia nos pedía clemencia, y no le hicimos caso. Por eso nos ha venido esta desgracia”. Rubén les respondió: “Ya os dije yo que no hicierais

ningún mal al muchacho, pero no me escuchasteis. Ahora se nos pide cuentas de su sangre” (Gen 24,5-9.17-22)

EL DINERO EN LAS TALEGAS

Se fueron, pero yo antes les había preparado una argucia que mantuviera vivo lo que su encuentro conmigo les había suscitado:

José mandó que les llenaran los sacos de trigo y que les metieran el dinero de cada uno en su saco... Y así se hizo. Ellos cargaron el trigo... y se marcharon. Al acampar por la noche, uno de ellos abrió su saco... y vio que su dinero estaba en la boca del saco, y dijo a sus hermanos: “Me han devuelto mi dinero: está aquí en mi saco”. Con el corazón sobresaltado y temblando se decían unos a otros: “¿Qué es lo que Dios nos ha hecho?” (Gen 24,25-28).

Ya no supe nada más de ellos. A partir de aquel día mi vida ya no fue la misma. Continué con mi trabajo de Virrey de Egipto, pero pensaba continuamente en mis hermanos ausentes. ¿Cómo lo viví? Os lo comento.

Yo sabía que antes o después mis hermanos encontrarían el dinero en sus talegas, pero no lo que harían después. Podían volver para devolverlo o no volver nunca, para no arriesgarse a ser acusados de robo, pues nada sabían ellos de mi maniobra ni de mis intenciones.

Mi interés era mantener vivo lo que su encuentro conmigo había sacado a la luz: un pasado sangrante que les pesaba. No para que sufrieran, sino para que lo fueran elaborando e integrando poco a poco.

Mientras, yo no podía hacer otra que esperar y rezar. Les había administrado el medicamento y debía aguardar a que hiciera efecto. Imaginaba, conociendo a los míos, que la necesidad, cada vez más acuciante, de volver a por más alimentos, unida a mi exigencia de traer a Benjamín, al dinero en las talegas y al recuerdo de su pasado les crearía conflictos y les obligaría a reflexionar y buscar salidas, pues tampoco ellos sabían qué haría yo, en el caso de que volvieran.

Estaban cogidos y bien cogidos, e hicieran lo que hicieran, tenían que pasar por mí, que tenía poder hacer con ellos lo que quisiera. Pero yo no tenía la intención de aprovechar la ocasión para vengarme, sino ayudarles a vencer su sentimiento de culpabilidad y reconciliarse con su oscuro pasado. Ahora bien, ¿cómo hacer esto? Dos elementos ellos ya tenían:

- *SU ENCUENTRO CONMIGO había sacado a la luz hechos del pasado. La arbitrariedad con que los traté les recordó la que ellos utilizaron conmigo y la prisión a la que les mandé el pozo al que me arrojaron.*

Vueltos a casa, la necesidad de volver a Egipto a por más alimentos, mi exigencia de traer a Benjamín y el dinero en las talegas, no les dejaba olvidar lo que me hicieron, pues aquello podía volver a suceder, ahora con Benjamín y con ellos mismos, que podían acabar siendo esclavos, como yo lo fui.

- *EL TIEMPO. Una adivinanza que leí en la biblioteca del Faraón preguntaba: ¿Qué pesa más, 10 kilos de plomo o un vaso de agua? La respuesta era: “depende del tiempo que los mantengas levantados”. Así es: un vaso de agua levantado durante horas llega a ser mucho más pesado que 10 Kgs de plomo sostenidos apenas unos segundos.*

Esa era mi apuesta: que el paso del tiempo hiciera más y más difícil y pesado a mis hermanos vivir así, creando las condiciones adecuadas para que dieran pasos buscando salir de esa situación.

Mientras, yo continuaba ocupado en mil cosas y pendiente de los míos, pero sin poder hacer nada más que lo que había hecho. Tenía muy claro que el futuro no estaba en mi mano, pues SOLO DIOS PUEDE CAMBIAR LOS CORAZONES Y SUYO ES EL SENTIDO OCULTO DE LOS ACONTECIMIENTOS, de modo que permanecía tranquilo en mi incertidumbre.

Podría haber enviado a unos espías disfrazados de mercaderes para saber qué pasaba en mi casa, pero no quise. Debía respetar el proceso de mis hermanos y dar tiempo al tiempo.

4. JOSÉ SE DA A CONOCER (GEN 43-46, 7.28; 47,6.27-31; 49,29-33; 50)

Se aproximaba el momento culminante de mi historia. Después de mi reencuentro con mis hermanos, que no me reconocieron, y la argucia que utilicé para hacerles recordar su oscuro pasado y sacar a la luz su culpabilidad reprimida, nada más podía hacer para ayudarles a reaccionar y evolucionar... Hasta que llegó el momento de revelarles mi identidad, con la sorpresa que os podéis imaginar, y lo que sucedió después. Os lo cuento.

NUEVO ENCUENTRO. INVITADOS A COMER CON JOSÉ

Había pasado mucho tiempo desde que mis hermanos habían vuelto a su casa con los alimentos que compraron en Egipto y el dinero con el que los habían pagado, que yo había mandado poner de vuelta en sus talegas.

Casi había perdido la esperanza de volverlos a ver, hasta que un día los vi llegar con los animales cargados de productos de la tierra con la intención de regalármelos y acompañados de Benjamín, el hijo predilecto de mi padre, que yo no conocía, pero a quien les había exigido que trajeran: “No os presentéis a mí si no está vuestro hermano con vosotros” (Gen 43,5). Me di cuenta de que buscaban suavizar su tensa relación conmigo y ganarse mi benevolencia. Sentí que algo había cambiado en ellos y decidí seguir por ahí: “Lleva a esos hombres a mi casa, porque van a comer conmigo” (Gen 43,16), le dije a mi mayordomo. Se quedaron de piedra.

¿Qué pensaríais vosotros si quien os ha acusado de espías, esperáis que os acuse de ladrones y puede hacer con vosotros lo que le apetezca, os invita a su casa a comer? Desconfiaríais. Es lo que hicieron ellos: “Lo hace por el dinero que apareció en nuestros sacos la otra vez; nos trae aquí para ponernos una trampa, caer sobre nosotros y hacernos esclavos” (Gen 43,18).

Mis hermanos pensaron que yo les preparaba una trampa, como ellos me la habían preparado a mí, que haría con ellos lo mismo que habían hecho conmigo y que nuestro padre perdería a Benjamín, como me perdió a mí. De nuevo afloraba la culpabilidad y los fantasmas del pasado.

Previendo algo así orienté a mi mayordomo sobre cómo responder a una posible alegación suya: “La paz sea con vosotros, no temáis. Lo que os está pasando es cosa de Dios” (Gen 43,23). Mi intención no era repetir la historia, sino ofrecerles el elemento que necesitaban para elaborar e integrar bien su oscuro pasado: una experiencia de amor gratuito, el mío, sin condiciones previas ni méritos suyos.

Entraron en mi casa y me entregaron sus regalos. Se lo agradecí, pero ni les presté atención. Lo que yo quería era saber de mi padre y conocer a Benjamín, que había nacido después de mi desaparición.

¡Qué alegría sentí al saber que mi padre vivía y estaba bien! (Gen 43,28). ¡Qué gozo al ver a Benjamín por primera vez! “Dios te guarde, hijo mío” (Gen 43,29), le dije. Sentí que amaba a mis hermanos con un amor puro y entrañable, y a Benjamín con una especial predilección. ¿Por qué? ¿Porque era el más pequeño? ¿Porque me recordaba mi infancia? No lo sé, pero me sorprendí al descubrirme prefiriéndole a él, como mi padre había

hecho conmigo, y comprendí su modo de amar. Se me saltaban las lágrimas, por lo que salí de allí para que no me vieran llorar (Gen 43,30).

Cuando volví les invité a sentarse y yo mismo me puse a servirles, ofreciendo a Benjamín una ración mucho mayor que a los otros. ¡De nuevo lo preferí a él! Pasamos juntos toda la tarde comiendo, bebiendo y charlando, pero sin darles ninguna pista sobre mi identidad.

Servirles yo mismo fue el gesto de amor gratuito que quise ofrecerles. Ellos no podían entenderlo así, pues no sabían que era su hermano, a quien ellos vendieron, quien les servía; lo vieron como un acto de cortesía del Virrey de Egipto, pero eso no importaba.

LA COPA DE PLATA EN LAS TALEGAS. DISCURSO DE JUDÁ

Comprobé que mis hermanos habían cambiado mucho con relación a nuestro primer encuentro, pero su proceso no estaba todavía concluido. Había que ayudarles a dar nuevos pasos. Es lo que pretendí hacer con una nueva argucia. Dije al mayordomo:

“Llena las talegas de estos hombres, por en ellas su dinero y en la de Benjamín mete mi copa de plata”. Después, cuando se hayan alejado, persíguelos, dáles alcance y les dices: “¿Por qué habéis pagado mal por bien? ¡Qué mal habéis obrado!” (Gen 44,1-5).

Así se hizo. Yo esperaba alguna reacción por su parte cuando la encontraran, pero no la rapidez con que volvieron a mi casa con sus túnicas rasgadas. Se postraron ante mí y Judá habló por todos:

“¿Qué vamos a decir al señor?, ¿qué vamos a hablar?, ¿qué excusa vamos a dar? Dios ha hallado culpables a sus siervos, y hemos aquí como esclavos de nuestro señor, tanto nosotros como aquél en cuyo poder ha aparecido la copa” (Gen 44,16).

Sus palabras me impresionaron. Decían que Dios les había hallado culpables. ¿De qué, si no habían robado la copa? De su oscuro pasado. En mi trampa habían visto reflejada la que ellos me tendieron en el desierto, y se sentían culpables ante Dios por ello. Y cansados de cargar tantos años con esta culpa, querían repararla siendo mis esclavos, tal como ellos me obligaron a serlo a mí. Y todo esto, sin saber quién yo era.

Me quedé sin palabras. Pasó como un relámpago por mi mente lo que eso supondría: mi padre moriría de dolor por la pérdida de sus hijos y las familias de mis hermanos de hambre por la falta de alimentos. Esa no era

la solución y yo no podía permitirlo. La solución pasaba por el perdón, fruto del amor gratuito, del que habían tenido una primera muestra en el bânquele que les había ofrecido.

Mis hermanos se acercaban al feliz desenlace de su historia, pero no lo sabían, como tampoco sabía yo que la cárcel del Faraón fuera la antesala de mi elevación a Virrey y de Egipto. En este momento ellos se veían peor que nunca, como yo en la cárcel, pues el único horizonte de ambos era la esclavitud. Dije con firmeza: “¡No! Solo será mi esclavo quien tenía la copa en su talega. Los demás, podéis volver a casa” (Gen 44,17).

Judá se me acercó con temor. Tenía algo que decirme:

“Escúchame, señor. Tu siervo va a proponer algo a mi señor, pero que no se encienda tu ira contra tu siervo.

Mi señor preguntó si teníamos padre o algún hermano. Nosotros dijimos: Sí, tenemos un padre anciano y tiene un hijo pequeño engendrado en su ancianidad. Otro hermano de este murió; así que solo le ha quedado este, y su padre le quiere. Entonces tú dijiste que te lo trajésemos, que querías verlo. Pero dijimos: Imposible, pues si el muchacho deja a su padre, este morirá. Pero dijiste: Pues si no baja vuestro hermano menor, no volveréis a verme.

Así pues, cuando volvimos a casa, le expusimos todo a nuestro padre, y este nos dijo: Volved a comprar alimentos. Dijimos: No podemos bajar y presentarnos ante aquel hombre, a menos que llevemos a nuestro hermano pequeño. Mi padre nos dijo: Bien sabéis que tuve un hijo que se me marchó y no lo he vuelto a ver. Ahora, si os lleváis también a este y le ocurre algo, moriré con amargura. Ahora pues, cuando yo llegue a donde mi padre sin llevar al muchacho, en cuanto vea su falta morirá, y será culpa nuestra. Yo he traído al muchacho bajo palabra de que, si no lo devuelvo, quedaré en falta para con mi padre para siempre.

Ahora, pues, que me quede yo como esclavo de mi señor y regrese el muchacho con sus hermanos. Porque ¿cómo vuelvo yo ahora donde mi padre sin el muchacho conmigo? ¡No quiero ni ver la aflicción en que caerá mi padre!” (Gen 44,18-34).

Me quedé pasmado y sin poder articular palabra. Judá había hecho una cruda y sincera retrospectiva que reflejaba la transformación de mis hermanos. Estos se referían, por primera vez, al “hijo de Jacob que se marchó y no ha vuelto a ver” (Gen 44,28), a mí, ofreciéndose como esclavo para salvar a Benjamín y evitar que su padre volviera a sufrir.

Esta actitud era diametralmente opuesta a la que tuvieron conmigo. Mientras que a mí me habían condenado a la esclavitud, sin ningún tipo de consideración ni conmigo ni con mi padre, ahora Judá se ofrecía como esclavo para salvar a nuestro padre y a su hijo predilecto.

Sentí que mi corazón se inundaba de gozo. ¿Por qué, preguntaréis, si la escena era tan dramática? Porque mis hermanos asumían su pasado y, haciéndolo, se estaban reconciliando con él; porque, habiendo hecho en otro tiempo tanto mal, mostraban ahora lo mejor de sí mismos; y porque en todo ello se revelaba EL SENTIDO OCULTO DE LOS ACONTECIMIENTOS: Dios transformando los corazones desde la experiencia del pecado y del sufrimiento.

JOSÉ SE DA A CONOCER. MUERTE DE JACOB

Había llegado el momento de darme a conocer, y así lo hice. Me eché a llorar y, como pude, les dije: “Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?”, pero ellos no pudieron contestarme porque se habían quedado atónitos (Gen 45,3).

Cuando me calmé un poco, les pedí que se acercaran, insistí en quién yo era y les revelé el sentido oculto de aquellos hechos del pasado que tanto les culpabilizaban. ¡Qué bien cuenta el autor bíblico este momento cumbre!:

José no podía ya contenerse delante de todos los presentes y gritó: “Salid todos de mi presencia”. Y no quedó nadie....

Entonces rompió a llorar a voz en grito y dijo a sus hermanos: “Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre?”. Sus hermanos no pudieron responderle, de tan asustados que estaban ante él. Entonces él les dijo: “Acercaos a mí”. Y ellos se acercaron. Él dijo: “Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Pero ahora no estéis apenados ni os pese el haberme vendido, pues fue Dios quien me envió delante de vosotros para salvar vuestras vidas.

No fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios. Él me ha hecho padre del Faraón y señor de toda su casa,

gobernador de todo el país de Egipto. Subid aprisa a mi padre y decidle: Esto dice tu hijo José: Dios me ha constituido señor de todo Egipto, baja hasta mí sin tardar. Habitarás en la región de Gosen y estarás cerca de mí tú, tus hijos y tus nietos, tus rebaños, tus ganados y todo cuanto tienes. Allí yo cuidaré de tu subsistencia, para que no perezcas de miseria tú y tu familia y todos los tuyos, porque todavía habrá cinco años de hambre”
(Gen 45,1-11).

E insistí: “Si Dios ha estado siempre presente en lo que nos ha sucedido, entonces todo está bien y en su sitio, aunque hayamos sufrido mucho. Reconciliaos con vuestro pasado, pues visto desde Dios, todo, hasta vuestra traición, tiene sentido como camino que os ha traído hasta aquí. Volved a casa y decídselo a nuestro padre”.

Lo que sucedió después se puede resumir en pocas palabras: invité a mi familia a venir a Egipto. Ellos volvieron a Canaán, hablaron con nuestro padre y se trasladaron a Egipto con sus familias, donde cuidé de que no les faltase de nada. Y así vivieron hasta su muerte.

Entonces, al morir nuestro padre, resurgieron los fantasmas y miedos del pasado. Mis hermanos temieron que yo todavía les guardase rencor y aguardara su muerte para vengarme de ellos. Sin atreverse a hablar conmigo, me enviaron un recado recordándome las palabras de mi padre.

“Tu padre encargó antes de su muerte: Así diréis a José: por favor, perdona el crimen de tus hermanos y su pecado. Cierto que te hicieron daño, pero ahora tú perdona el crimen de los siervos de Dios de tu padre” (Gen 50,16-17).

Lloré al escuchar aquello, pues nada había más lejos de mí que estar preparando mi venganza. ¡Qué complicados y desconfiados somos los humanos! ¡Cómo nos cuesta ser limpios de corazón! ¡Cómo nos cuesta confiar! A mí se me había dado esa gracia, pero a mis hermanos les costaba más. Así que, cuando vinieron y se postraron declarándose mis esclavos, les repetí lo que ya les había dicho mil veces:

“No temáis. ¿Acaso soy yo Dios? Aunque vosotros me hicisteis daño, Dios transformó el mal en bien para el pueblo egipcio y vuestro. Así que no temáis” (Gen 50,19-21).

Fue la última vez. Nunca más mis hermanos volvieron a temer mi venganza o dirigirse a mí con temor. A veces hablábamos de nuestro

pasado, pero como un motivo de agradecimiento a Dios por lo que hizo con nosotros a partir y por medio de eventos tan dolorosos.

CONCLUSIÓN

Esta es mi historia, queridos amigos de la Biblia. ¿Qué os diré para concluir? Lo mismo que dije a mis hermanos: QUE TODO LO QUE NOS SUCEDE TIENE UN SENTIDO OCULTO, QUE SOLO DIOS CONOCE Y QUE, CUANDO SE DESCUBRE, PRODUCE MUCHO GOZO.

Me despido de vosotros, pero ya sabéis dónde me podéis encontrar: en la Biblia. ¡Se ha hablado y se habla todavía tanto de mí! Que sea para gloria de Dios y la salvación de muchos.

Que seáis muy felices. Un gran abrazo.

José, Virrey de Egipto y, sobre todo, siervo de Dios.

Leídas estas páginas, es de fundamental importancia leer directamente los textos bíblicos que os indico a continuación: Gen 42-47,12.49-50. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.